

CAPITULO XLVII

Prisioneras.

Camino de Hamburgo, libres del equipaje comprometedor, recorriendo un camino que, por haberlo pasado ya antes, parece que se nos hace amigo y familiar, nuestro ánimo se tranquiliza y creemos que ha pasado el mal momento en que la dirección que traemos y la cercanía del país enemigo nos han hecho sospechosas.

Apenas hemos pasado la primera estación vemos subir al tren tres soldados, bayoneta en mano, me dicen algo que no entiendo, pero como es para mí una especie de talismán o salvaguardia, respondí con la frase salvadora «españolas» y los veo pasar de largo.

—Parece que buscan a alguien—dice mi hija en francés.

—A una espía, que dicen que viene en el tren—contesta un señor.

Miramos con curiosidad, como espectadores, y bien pronto nos convencemos de que somos protagonistas. Los soldados vuelven, me rodean y me hacen señas de que los siga. Me levanto con prontitud, como lo requiere el ruego de los que ponen como razón suprema la bayoneta caída junto a mi pecho.

—¿Qué sucede?—pregunta mi hija.

—Cambiamos de tren—le respondo para tranquilizarla.

Un soldado me habla en alemán y aunque no entiendo su idioma, comprendo perfectamente que me pide los papeles y saco el escrito del oficial. Lo lee, pero no le convence, y comprendo que insiste. Abro mi saco de mano y le doy mis papeles oficiales. Los mira sin comprender lo que dicen, pero los sellos de los consulados, en los cuales campea el escudo de España, le hacen dudar.

Entretanto el tren está parado en medio del camino y las ventanillas llenas de rostros curiosos que miran y comentan.

Veo bajar del tren un oficial, viejo y gordo que se coloca a mi espalda, de modo que no pueda verlo, y dice lentamente:

—¿Usted entiende el español?

Me vuelvo como si me picase una víbora y en mis labios hay una interjección vio-

lenta y muy castellana antes de responderle indignada, con ímpetu:

—...Mejor que usted.

El hombre examina mis papeles y parece dudar aún. Me hace mil preguntas y me revela que pesa una acusación formulada por un viajero contra mí. Me acusan de saber alemán y fingir que no lo entiendo, fundándose en que he comprado, y visto con detención periódicos ilustrados alemanes, y en que he hablado con los mozos para que me lleven los bultos, etc. Se acumulan como cargos contra mí, el llevar dinero francés, no haber saludado los trenes de soldados, ni aplaudido el himno alemán. Además son indicios muy comprometedores mis sentimientos de compasión hacia los rusos.

Me indigno tanto al responder que el oficial empieza a convencerse y como mi hija llora y tiembla, asustada de verse entre dos soldados, me vuelvo y le digo:

—No eres hija mía si lloras delante de los alemanes.

Ella hace un esfuerzo y se domina y el oficial me dice galante:

—Verdaderamente tiene usted un espíritu esforzado.

Y yo, tocada ya de sus bravatas, respondo con orgullo:

—Soy española.

Entonces el hombre consiente en lle-

varnos al consulado general de España en Hamburgo y volvemos a subir al tren que se pone en marcha. Las gentes, que quizás habrían abrigado el deseo humanitario de vernos fusilar vuelven a sus sitios defraudadas, y nos miran con algo de rencor y descontento por no haberles dado el placer de ser rusas y de ser espías.

Me quejo al oficial, que es un buen comerciante hamburgués, al que la guerra ha obligado a dejar su tranquilo despacho y sus negocios, de la arbitrariedad que supone tratar así a dos mujeres súbditas de un país neutral, que van solas, confiadas en la cultura del país que cruzan y en su propia inocencia, y que por todo esto tienen derecho a esperar la protección noble y desinteresada, ya que de modo tan espontáneo creyeron en su caballería.

—¡Las espías son tan listas y lo preparan todo tan bien!—me responde.

La contestación acaba de molestarme. ¿Qué podríamos hacer dos pobres mujeres solas y sin armas? ¿Seríamos más culpables si hubiéramos nacido en Rusia? Lo lógico sería vigilarnos y cerciorarse de nuestra conducta, dejando caer el peso de la ley, al convencerse de la culpabilidad, pero no molestándonos en caso contrario.

La fuerza de verdad de esta argumentación lo domina y trata de disculparse diciendo:

—Señora, en la guerra como en la guerra.

¡Bonita máxima absurda e inquisitorial para justificar todos los atropellos!

A la llegada a Hamburgo la estación ofrece un aspecto imponente; el gran balcón que se abre sobre ella está lleno de una multitud que grita y canta.

Tenemos que cruzar entre esa multitud, excitada por esa embriaguez que acomete a los pueblos y parece que los envenena y los enloquece, como una enfermedad contagiosa. Nos rodean varios oficiales, que aparentan bromear y reír y a los que nosotros contestamos «ya, ya» (sí, sí) de modo que no se aperciba el pueblo de que vamos prisioneras y nos quiera linchar por espías.

¡La justicia y la cultura de los pueblos! Estos son los que hablan de la inquisición española en el siglo xv y nos dan este ejemplo en pleno siglo xx.

Así nos llevan al puesto de policía cercano a la estación y dan orden de conducirnos en coche al Consulado de España.

Es entonces cuando siento la impaciencia, los minutos se me hacen siglos, el automóvil parece que no corre... Cuando paso aquella puertecita tan modesta, tan pobre, sobre la que luce el escudo de España, siento la alegría de haber llegado a un asilo inviolable; me siento fuerte, segura y no pue-

do menos de vengarme poniendo en ridículo a todo aquel valiente ejército que se ha inquietado por dos pobres mujeres indefensas, porque tienen los cabellos negros; y me vuelvo diciéndoles con despreciativo desdén a mis guardianes:

—¡Qué hazaña!

Pero en el fondo, la idea de continuar el viaje, de vernos de nuevo entre el populacho, nos aterra, y por primera vez de mi vida experimento repulsión y temor de la gente.

MIS VIAJES POR EUROPA



B 53 222

CARMEN DE BURGOS
(COLOMBINE)

MIS VIAJES POR EUROPA

(ALEMANIA, INGLATERRA
Y PORTUGAL)



SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
V. H. DE SANZ CALLEJA.—EDITORES
Casa Central: Montera, 31.—Talleres: R. de Atocha, 23.